

Obituarios a destiempo

La muerte en un tren

Sealtiel Alatríste

14 de noviembre de 1910: fallece León Tolstói después de intentar una frustrada fuga en ferrocarril.

El tren, quizá muchos lo hayan notado, es un personaje central de casi todas las novelas de León Tolstói, un símbolo que anuncia oscuras tragedias. Quizá la más famosa sea la tremendísima *Sonata a Kreutzer*, donde se cuenta la historia de un crimen mediante una larga confesión de celos y desesperación que se realiza en un carro de ferrocarril, como si éste fuera, de alguna manera misteriosa, el cómplice de la locura que destruye al protagonista. El asesino relata que escuchaba la *Sonata a Kreutzer* de Beethoven, interpretada por su enamorada y un joven violinista, y que la música se convirtió en catalizador de su ira al confundir las miradas de los intérpretes: donde había un acuerdo musical él percibió un pacto sensual. Cuando el lector se deja llevar por la magia de la novela tiene la sensación de estar escuchando el rítmico traqueteo del carro contra los durmientes, y que ese sonido soso, repetido sin cesar, es a su vez el metrónomo de la tragedia, el mismo sonido que les permitía a los músicos penetrar en la música de Beethoven sin saber que estaban tejiendo los hilos de su tragedia. Uno se pregunta qué motivó a Tolstói a escribir un prólogo que destila una moralina casi vergonzante, y que nada tiene que ver con el drama del personaje arrebatado por los celos. Esa suerte de “grandeza” moral que parece restregarnos en la cara da la impresión de que alguien lo obligaba a escribir esas sentencias, pues un autor de su altura no podía ser responsable de sentencias tan contradictorias con lo que en *realidad* sucede en sus novelas.

Me acuerdo de la vez que asistí a la presentación de sus *Diarios*. “Después de todo”,

comentó un espectador, “la vida de Tolstói fue como una novela de Dostoievski”. Selma Ancira, la traductora, soltó una carcajada, comentó que era cierto, y que la lectura de los *Diarios* probaría que era una afirmación cierta. La polémica de muchas generaciones —a quién leer, a Tolstói o a Dostoievski (que dio título a uno de los mejores libros de George Steiner)— parecía haberse resuelto en una charada. Tengo que confesar que siempre he preferido las atormentadas narraciones de Dostoievski, y que a pesar de lo mucho que admiro a Tolstói me encuentro incómodo leyéndolo, pero al escuchar aquel comentario me di cuenta de que también siento una atracción fetichista por la vida del insigne novelista, o mejor, por la forma en que buscó su muerte y el papel que le asignó al ferrocarril en esa búsqueda. Aquel espectador tenía razón: la de Tolstói fue una muerte digna de un personaje de Dostoievski.

Es muy probable que el mismo Tolstói fuera consciente de esa calidad simbólica con que había dotado al ferrocarril en sus ficciones, pues al final de su vida hizo jugar al tren un papel muy similar: incapaz de soportar la vida conyugal, incapaz de enfrentar los chantajes de su mujer y de sus hijos cada vez que hablaba de divorcio, una madrugada se subió al carro en que encontraría la muerte después de escribir las últimas páginas de su diario. Todo empezó el día de su cumpleaños número ochenta y dos, seis días después de celebrar el de su esposa, Sofía Andreyevna, pues comentó sin razón alguna que la castidad y el celibato eran los dos objetivos de la vida cristiana. Toda la familia lo miró incrédula. “Lo han oído”, gritó su mujer, “León Nikoláievich cumple ochenta y dos años y sigue siendo un hombre tonto”. Las si-

guientes semanas fueron un horror, Sofía perdió el juicio, iba y venía a su casa en Yasnaya Polyana, rompía cuadros, lloraba, no comía. Tuvieron una tregua un mes después, el día que celebraron cuarenta y ocho años de matrimonio, pero al poco, en un ataque de desesperación, ella se le fue encima y le disparó en la sien tres tiros con una pistola de fulminantes. Había enloquecido porque sospechaba que León, influido por su editor, había hecho un nuevo testamento arrebatándole los derechos de autor de su obra. Ni ella ni ninguno de sus hijos disfrutarían de un céntimo después de su muerte. Cuando se lo había reclamado, él se concretó a preguntarle: “¿Es que no puedes dejarme en paz?”. Sofía Andreyevna no entendía que León Nikoláievich no entendiera su amor.

El 28 de octubre Tolstói abandonó sigilosamente su casa dejando una escueta nota de despedida. “Entiende esto”, le decía a su mujer, “y no intentes seguirme aunque descubras mi paradero”. En la noche había escuchado ruidos en su estudio, era Sofía que buscaba un papel que probara la existencia del supuesto testamento. Fue la gota que derramó el vaso. León llamó a Dashan, su criado, para que lo ayudara a hacer el equipaje. Sólo lo esencial, le dijo: dos camisas, una linterna, un abrigo de piel para soportar el intenso frío. Según su hija Sasha, a quien le avisó de su partida, cuando salió, miró por última vez la casa en la que había nacido, acarició el césped húmedo, lo besó, y subió al carro que lo conduciría a la estación del ferrocarril.

Decir que León Tolstói iba a tener *paradero* es una metáfora agria. Enfermo, casi sin fuerzas, anhelando una libertad que ni siquiera él entendía, se había subido a un tren para hacer de aquel carro su propia



Tolstoi con un grupo de campesinos

casa. Viajó sin rumbo por varios días, huyendo, sólo huyendo, cambiando de dirección cada tanto para borrar las huellas de su camino. Estaba acompañado por otra de sus hijas y de su fiel criado, agradablemente cobijado por el rítmico vaivén con que los trenes se van, ese lento traquear de la tragedia. Quizás él era el único que lo sabía: más que huir iba al encuentro de su muerte.

Ninguna obra suya había prefigurado ese final como su gran novela de amor e infidelidad, *Ana Karenina*, pues el tren había sido una especie de *alter ego* de su heroína, o si se quiere, el compañero que el destino le asignó para fatalmente seducirla, el instrumento que serviría para liberarla cuando saltara del andén para morir arrollada en las ruedas de un ferrocarril. Tolstoi no

se iba a inmolar de esa forma, pero esas ruedas, que podrían calificarse de maléficas, lo llevaban al mismo destino que a Ana. Había echado a andar su metrónomo y viajaba por las tierras heladas de Rusia esperando la llegada del desenlace de su vida en el compartimiento que había escogido como última habitación.

En los *Diarios* encuentro una cita significativa, el 14 de noviembre de 1857, cincuenta y tres años antes de su propia muerte: “¡Eureka!”, escribe Tolstoi acerca de la solución que buscaba para uno de sus dramas, *Los cosacos*: “los mataron a los dos”. No deja de sorprenderme que para un hombre de la talla moral de León Tolstoi, la muerte, y no la vida, se presentara como una solución. Nunca he visto representado este drama pero imagino, con derecho, que

un ferrocarril pudo haber arrollado a los dos personajes.

Cuando se supo de la muerte de León Tolstoi la estación de Yasnaya Polyana se llenó de gente. El tren llegó con una hora de retraso pero nadie se había movido a pesar de que era una mañana bastante fría. Sofía Andreyevna, que había ido a recoger el cuerpo de su marido, se bajó primero. La viudez le daba un aire digno, había comprobado la falsedad de sus sospechas y no le quedaba más que esperar su propia muerte. Cuando apareció el ataúd largo y estrecho, de madera de pino, el más sencillo que encontraron sus deudos, los campesinos, los *músiks* de sus novelas, empezaron a cantar *Recuerdo eterno*, un antiguo himno que León Nikoláievich admiraba. Al paso del féretro, la gente lloraba y aventaba flores. **U**

Había echado a andar su metrónomo y viajaba por las tierras heladas de Rusia esperando la llegada del desenlace de su vida en el compartimiento que había escogido como última habitación.